

## Víctor Serge y los años sin perdón

Claudio Albertani

*Las tragedias forman parte de los gastos generales de la historia*  
Víctor Serge, 1946

“Escribir a los cincuenta años únicamente para el cajón, con la perspectiva de un porvenir oscuro y sin excluir la hipótesis de que las tiranías durarán más de lo que lo que me queda de vida, ¿sirve acaso de algo?”, anotó Víctor Serge el 10 de septiembre de 1944. No obstante, estaba perfectamente consciente del valor de su trabajo: “tengo la sensación de haber visto todo demasiado claro”, anotó con amarga ironía.<sup>1</sup> Siete décadas después, su obra apenas comienza a encontrar el reconocimiento que merece. En Francia, en Italia, en Estados Unidos, en Grecia, en Canadá, en Turquía y en muchos otros países se editan o reeditan los libros que él mismo no pudo publicar en vida o que salieron en ediciones más bien confidenciales.

Pero, ¿quién era este “imponente héroe ético y literario del siglo XX”?<sup>2</sup> Víctor Napoleón Lvovich Kibalchich (Bruselas, 1890-Ciudad de México, 1947), mejor conocido como Víctor Serge, fue un apátrida sin papeles que pasó diez años en diversos cautiverios, generalmente duros. Nunca poseyó algo y perdió repetidas veces las pocas cosas a las que tenía apego: libros, manuscritos y objetos personales. En Bruselas, en París, en Barcelona, en Berlín, en Leningrado, en Oremburgo, en París otra vez, en Marsella, dejó casi todo tras suyo, o más frecuentemente, todo se lo quitaron.<sup>3</sup> Raramente vivió con tranquilidad. Los archivos de la policía de París – verdadera arca de la memoria revolucionaria- conservan kilos de papeles que documentan sus peripecias; otras policías, especialmente la soviética, jamás le dieron tregua.

¿Por qué? Tal vez porque Serge no se dio por vencido en la media noche de un siglo de sangre y lágrimas, de guerras y torturas, de campos de concentración y deportaciones masivas, de sueños emancipadores y esperanzas frustradas. Eterno vagabundo, hijo de exiliados y exiliado permanente él mismo, cargó con el peso de ser un auténtico revolucionario, un crimen imperdonable entonces como ahora. Incansable activista, a los 15 años ya militaba en el partido socialista belga, mismo que le quedó chico y que abandonó pronto para integrarse en las filas anarquistas, lo cual dejaría una impronta imborrable en su carácter. Se volvió bolchevique –aunque de una estirpe particular, la de los disidentes- en la Rusia de los soviets que alcanzó en plena guerra civil, atraído -igual que otros anarquistas- por el poderoso imán la

<sup>1</sup> Víctor Serge, *Carnets, (1936-1947)*, Nouvelle édition établie para Claudio Albertani et Claude Rioux, Éditions Agone, Marseille, 2012, pp. 528 y 149-55. De próxima publicación en coedición entre la UACM y Pepitas de Calabaza.

<sup>2</sup> La definición es de Susan Sontag, en “Víctor Serge”, *Letras Libres*, junio de 2004, p. 44.

<sup>3</sup> V. Serge, *Memorias de un revolucionario*, Veintisiete Letras, Madrid, 2011, pp. 449-50.

revolución triunfante. Después de sumarse al trotskismo -cuando hacerlo significaba condenarse a una persecución implacable-, ya alejado de la militancia se adhirió a un socialismo genéricamente libertario. Dichas experiencias, contradictorias sin duda, son la savia que alimenta toda su obra.

Acompañado por Vlady, el 5 de septiembre de 1941, Víctor Serge llegó al aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México, después de un periplo largo y extenuante. Vivió en nuestro país los años menos agitados -y por lo mismo más productivos- de su vida terminando aquí -entre otras obras- sus míticas *Memorias*, publicadas póstumas por su hijo Vlady en 1953; *El caso Tulayev*, sobre los procesos de Moscú, también póstumo; *Los últimos tiempos*, sobre la derrota moral y militar de Francia en 1940 (publicado en 1946 en Quebec, Canadá) y *Los años sin perdón*, que escribió en 1946, pero que se publicó en francés sólo en 1971 y que ahora edita en español la Universidad Veracruzana.

Soberbiamente escrita, aunque de no fácil lectura, ésta es -como apunta Richard Greeman en su notable introducción- la novela más poética, más cerebral y, añadiría yo, más desesperada de Serge. Es también la obra de un autor ruso que escribe en francés siguiendo la tradición literaria, política y filosófica de Dostoievski, Turgenev y Tolstoi. Pone sobre la mesa distintos temas: la muerte de la consciencia humana en tiempos oscuros, la guerra universal y la “pandestrucción” (p. 224), en el contexto de la conflagración mundial, pero también el arte y el amor como actos de resistencia. Presenta -formalmente- la estructura de las novelas policiacas, con una historia principal hilada en distintos escenarios y un final sorprendente, pero lo más interesante son probablemente los diálogos que siempre giran en torno a la pregunta clave de la época: ¿cómo fue posible que un acontecimiento libertador y humanista como la revolución rusa se convirtiera en una pesadilla totalitaria?

Los protagonistas son oficiales de la inteligencia soviética desencantados, pero -como Serge- fieles al espíritu revolucionario y la acción se desenvuelve en cuatro movimientos: “El agente secreto” en el sombrío París de anteguerra, “La llama bajo la nieve” en Leningrado asediada por los nazis, “Brigitte, el rayo y las lilas” en Altstadt una ciudad de Alemania devastada por los bombardeos aliados, y “El fin de los viajes” en San Blas, nombre ficticio de un rincón de México que bien podría ser Erongaricuaró, Michoacán, pueblo que Serge visitaba a menudo, invitado por el pintor surrealista Gordon Onslow y su esposa Jacqueline, que ahí residían. Esta última parte, la más breve, incluye descripciones del país excepcionalmente poéticas, alucinadas y a la vez realistas, que, por su potencia expresiva, recuerdan las mejores páginas de Malcolm Lowry o de D. H. Lawrence, escritas en los mismos años.

Tanto los hechos como los personajes son reales y ficticios a la vez, lo cual es un rasgo típico de las novelas de Serge. Así, la locura de Nadine/Noemí, que “sufre de depresión maniática, ruptura de contacto con la realidad y dispersión de la personalidad” evoca las penas de Liuba, la madre de Vlady que había quedado trabada en Francia, mientras que Sacha D, alias Bruno Battisti, recuerda a Walter Krivitsky y a Ignace Reiss, dos agentes pasados a la oposición y luego alcanzados por la mano

asesina de Stalin.<sup>4</sup> Otro personaje, Daría/Erna, evoca posiblemente a otra conocida, Elisabeth Poretsky, la viuda de Reiss, ella misma activa en los aparatos soviéticos.<sup>5</sup>

El resultado es una novela compleja y polifónica. “Esto me permite –escribió a un amigo- hacer mover a muchos seres vivos y poner sobre la mesa algunos problemas, lo cual, creo, es lo más importante de la literatura. ¿Para qué escribir, para qué leer, si no es para trazar una imagen ampliada de la vida, una imagen profunda del hombre?”.<sup>6</sup> En estas preguntas reside la actualidad de Serge, autor imprescindible en un tiempo, el nuestro, que, como el suyo, es un tiempo de pandestrucción. “¿Hacia dónde nos evadiremos?” Pregunta Sacha al principio de la novela. “Hablo como si uno pudiese evadirse hacia el vacío. Todo se hunde, la única certidumbre es la proximidad de la guerra, continental, intercontinental, química, satánica”. ¿Les suena?

*1 julio de 2015*

---

<sup>4</sup> Walter Krivitsky, *In Stalin's Secret Service. An exposé of Russia's secret policy by the former chief of the Soviet Intelligence in Western Europe*, Harpers and Brothers Publishers, New York, 1939.

<sup>5</sup> Elisabeth K. Poretsky, *Les Nôtres*, Actes Sud, 1997.

<sup>6</sup> Víctor Serge a Herbert Lenhoff, 17 de diciembre de 1946, Archivo del Centro Vlady.